

Kant

A 200 AÑOS DE LA MUERTE DEL GRAN FILOSOFO

Pocos son los filósofos (y seres humanos en general) que pueden asegurar no haber sido rozados por el espíritu y el pensamiento de aquel metódico, frágil y pequeño gran hombre llamado Immanuel Kant que, con sus ideas sobre la moral, la conciencia, la libertad, el sujeto y en torno de qué es lo que se puede conocer (y sin siquiera salir de su pequeña ciudad natal de Königsberg) marcó a fuego el devenir de Occidente. A cinco días del bicentenario de su muerte, **Futuro** se suma a las celebraciones mundiales con una exaltación de la mente del filósofo más trascendental de todos.



El 12 de febrero próximo se cumplirán 200 años de la muerte de Immanuel Kant, seguramente el filósofo más importante y significativo de la modernidad occidental. **Futuro** se adelanta a los homenajes que se realizarán en todo el mundo y lo recuerda a través de algunas de las líneas centrales de su pensamiento.

LA VIDA

Hijo y nieto de talabarteros, Kant nació en 1724 en el seno de una familia bastante pobre y tuvo que ganarse la vida desde muy joven dando clases particulares como preceptor. Estudió Teología y recién en 1770 fue designado profesor de Lógica en la Universidad de Königsberg, una pequeña ciudad de cinco mil habitantes en Prusia oriental que hoy, sobre territorio ruso, lleva el nombre de Kaliningrado. Vivió allí toda su vida y se cuenta que se alejó de la ciudad una sola vez y apenas menos de cuarenta kilómetros, para dar una clase. Era un hombrecito bajo, de no más de un metro y medio, de salud frágil y, como se repite incansablemente, extremadamente metódico: se levantaba todas las mañanas a las cinco para comenzar sus estudios, daba algún paseo por una calle que fue bautizada después como "Paseo del filósofo" y comía regularmente con invitados en su casa. Tuvo que dejar de trabajar cuando ya estaba cerca del final de su vida, un poco ganado por la ceguera, por la pérdida de memoria y flanqueado por la disminución lenta pero inexorable de su lucidez mental, que lo persiguió hasta su muerte en 1804.

LA FISICA DE NEWTON Y EL "GIRO COPERNICANO"

La primera gran obra de Kant, y quizás también la más conocida, es la *Crítica de la razón pura*, editada en 1781 y reeditada con algunas modificaciones en 1787. Como muchos filósofos, Kant también decidió comenzar con una teoría del conocimiento. Pero en vez de preguntarse por el conocimiento futuro, como sucedía en general, Kant parte del hecho del conocimiento consumado: la ciencia está allí realizada, y tiene nombre: Newton.

La física newtoniana es el punto de partida de Kant. Hay ciencia, hay conocimiento. Eso ya está, muy bien, pero, ¿cómo es esto posible? ¿Qué es lo que realmente se puede conocer? Kant se hace esta pregunta porque los enunciados científicos son muy especiales: afirman cosas de la experiencia, pero no lo hacen de forma particular y contingente sino de forma necesaria y universal, como por ejemplo, la ley de gravitación. Ahora, bien: la experiencia es siempre de lo particular, no de lo universal y necesario. Veo caer una piedra, pero no veo la universalidad de su caída, ni que eso se produzca necesariamente. Veo, simplemente, un caso particular de caída. Ni la necesidad ni la universalidad aparecen en la experiencia sino que son independientes de ella, y sin embargo, los enunciados científicos, que hablan de la experiencia, son universales y necesarios. Entonces, ¿de dónde salen esas cosas no empíricas como la *necesidad* y la *causalidad* a las que encima parece responder la naturaleza, o al menos, la naturaleza *tal como la conocemos*? ¿Por qué la naturaleza responde al conocimiento científico?

El filósofo inglés David Hume (1711-1776) había planteado el problema antes que Kant, y había concluido, con desaliento, que todo lo que es independiente de la experiencia en los enunciados científicos, como la causalidad, lo pone el sujeto. Hume observó que en los enunciados científicos se afirma que a tal cosa sigue necesariamente tal otra; que A es causa de B. Pero, seguía Hume, es cierto que uno observa en la naturaleza que pasa A. También es cierto que uno observa que pasa B; y finalmente, que B pasa después que A. Pero, se preguntaba, ¿dónde se observa el "a causa de", o el "se sigue necesariamente" incluido en un juicio como "A es causa de B" o "a A sigue necesariamente B"? La necesidad, en ese enunciado, no está en la experiencia sino que es algo introducido por el hombre en ella.

Las cosas no quedaban muy bien para la ciencia y su pretensión de objetividad, en la que, en principio, *nada* podía ser colocado por el sujeto. Al fin y al cabo, el ideal de ciencia que emerge de la revolución científica newtoniana es la no interferencia del sujeto con la naturaleza.

Kant retoma el problema y le imprime un giro decisivo. Es verdad, dice, que cosas como la necesidad y la universalidad son un agregado del sujeto, pero justamente todo eso que el sujeto pone en la experiencia es algo sin lo cual no habría experiencia en absoluto. En otras palabras, el sujeto pone las condiciones de posibilidad para que haya experiencia. Esa objetividad que la revolución científica exigía no es posible sin el sujeto, ya que es el sujeto quien produce las posibilidades para que haya objetividad.

La experiencia, para Kant, es el resultado de una síntesis que hace el sujeto entre los datos sensibles y lo que él mismo pone sobre esos datos: el espacio y el tiempo, y una cantidad de conceptos independientes de la experiencia que llama "categorías". Entonces, hay objetos porque hay un sujeto que constituye la objetividad y, cuando lo hace, pone allí cosas no empíricas como la necesidad y la causalidad, a las cuales después la objetividad, los objetos, responden porque él mismo lo puso.

Pero no se trata de un proceso individual sino que es también constitutivo de la subjetividad misma, y por eso es igual en todos los sujetos. Es decir, ese poner las condiciones para que sean posibles la objetividad y la experiencia, no es la actividad de un individuo ni de una persona particular sino de aquello que Kant llama *sujeto trascendental*. Es la razón por la cual la filosofía de Kant fue conocida luego como "idealismo trascendental", porque los objetos dejan de ser realidades en sí mismas, realidades últimas. Se transforman en *objetos para un sujeto*, objetos que Kant llama *fenómenos*.

Si, como pretende la revolución científica, es el objeto el que determina al sujeto, no puede haber ciencia, porque siempre se cae en la pregunta por la universalidad y la necesidad, que no aparece en ningún experimento. A partir de Kant, es el sujeto el que determina la posibilidad de que haya objetos susceptibles de ser conocidos científicamente.

ASTRONOMIA Y GEOLOGIA CON TOQUES KANTIANOS

Ideas galácticas

POR FEDERICO KUKSO



A medio camino entre *Las Revoluciones de las Esferas Celestes* de Copérnico (1543) y *Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento* de Einstein (1905), un ligero ensayo dedicado al emperador Federico el Grande se publicaba en Prusia (hoy Alemania). Era 1755 y el texto irrumpía con la misma fuerza con la que un terremoto en noviembre de ese año azotaba a Lisboa, dejando un tendal de 40 mil muertos. Su autor era un tal Immanuel Kant, por entonces un no muy conocido filósofo de 31 años que no escatimó al rebozar con ambición y desparpajo el texto que llevó como rótulo *Historia natural universal y teoría de los cielos: un ensayo sobre la constitución y el origen mecánico de todo el universo de acuerdo a los principios de Newton*. Desgraciadamente, ni el ímpetu del joven pensador ni el empuje de su obra –que bien podría tildarse de anticipación– fueron suficientes como para evitar que su editor se declarase en bancarrota y que el libro hiciera agua. De cualquier manera, el golpe kantiano había sido galáctico. Y pocos lo sabían.

ISLAS ESTELARES

En un tranquilo y soleado día königsbergeano a mediados de la década del cincuenta (de los cincuenta de 1750), el treintañero Kant leyó en un diario una reseña titulada *Una teoría original o una nueva hipótesis sobre el Universo* del astrónomo inglés Thomas Wright (1711-1786) en la que argüía que el Sol, como el resto de los planetas del sistema solar, revoloteaba alrededor de alguna clase de "centro universal de gravitación". Según parece, al joven filósofo la idea le abrió más interrogantes que respuestas y, fiel a su estilo, se puso a pensarla. No faltó mucho para que cazase la pluma, la zambullera en el tintero y comenzara a construir desde las raíces su propia imagen del cosmos.

Galileo, con su telescopio, había resuelto la estrecha franja blanca que cruzaba el cielo con el nombre de Vía Láctea, y demostrado así que casi las estrellas, lejos de distribuirse uniformemente en la bóveda oscura se concentraban allí. Doscientos años después de Copérnico la creencia común era que ese grupejo de soles como el nuestro era *todo* el universo, una estructura única y central (y en cierto modo absoluta), que incluía inexplicables nubes elípticas (las nebulosas). ¡Ah, el viejo antropocentrismo maltrecho que anhelaba centralidad!

Y entonces, Kant lanzó una hipótesis audaz: sugirió a partir de razonamientos puramente lógicos que en realidad esas nubes difusas de naturaleza misteriosa podrían ser otras galaxias, otras Vías Lácteas a la deriva, aisladas de la nuestra por grandes extensiones de espacio vacío, donde las estrellas (otras estrellas) se agruparían en formaciones parecidas a grandes discos, y las llamó universos-isla. La Vía Láctea, desde ya, era sólo un universo-isla entre muchos.

En palabras de Kant: "La analogía con el sistema estelar en que nos hallamos, su forma que es exactamente la que debe ser según nuestra teoría, la debilidad de la luz que presupone una distancia infinita, todo ello coincide para que consideremos estas figuras elípticas como otros tantos mundos, o por decirlo así, otras tantas Vías Lácteas".

Pero ahí no termina todo. Kant pensó también cómo, en el océano cósmico donde navegaba la isla "láctea", se debió haber "armado" el sistema solar: una nebulosa en rotación, en la que el sol ocupaba el centro, y se habrían formado los planetas por sucesivas condensaciones y por el efecto combinado de la gravedad y la rotación.

Por impresionante que parezca, a nadie le importó ni un poco lo que pensaba ese tal Kant. Su editor perdió todo y ni siquiera Federico el Grande recibió su libro autografiado. En 1791, a los 67 años y con sus tres monumentales *Críticas* bajo el brazo, Kant volvió a la carga y consintió que le publicaran algunos pasajes de su tratado de 1755. La reedición, sin embargo, no fue un gran best-seller que digamos y tuvo que aguardar hasta la mitad del siglo XIX para que alguien descajoneara el ensayo y se tomase el paciente trabajo de ver qué era lo que *el* filósofo tenía que decir sobre ciencia. Y a comienzo del siglo XX, las ideas kantianas resurgieron con todo el esplendor: para 1908, ya se habían catalogado y descripto alrededor de 15 mil nebulosas y en 1924 Edwin Hubble por fin puso fin a la controversia al mostrar que uno de los cúmulos más impresionantes, Andrómeda, quedaba fuera –y muy lejos– de la Vía Láctea.

CUANDO PASE EL TEMBLOR

Galaxias, nebulosas, estrellas y planetas no fueron los únicos objetos que le robaron la atención al multifacético hombrecito de Königsberg. A fines de 1755 toda Europa se conmovió ante la fuerza de la naturaleza que dijo presente cuando a las 9.30 del 1 de noviembre un terremoto hizo desastres en Lisboa. El temblor, además de dejar decenas de miles de muertos y destrucciones materiales por doquier, sacudió el campo intelectual de la época al poner (momentáneamente) en crisis concepciones optimistas y el providencialismo superficial que de a poco entraba en retirada.

Los grandes cerebros de la época imaginaban que la energía sísmica se propagaba como las partículas se mueven en el aire cuando son empujadas por los vientos. Sin embargo, había una suerte de vacío conceptual: las ondas sísmicas que viajan a través de un medio sólido desconcertaban a los científicos que no podían explicar sus efectos a larga distancia del epicentro terrestre y de las fallas tectónicas. Entonces, ¿cómo sucedía todo eso? En su ensayo *Los terremotos* publicado en 1756, Kant hace trizas la creencia de que los movimientos de los planetas eran causa y origen de movimientos sísmicos, y la suplanta por otra idea un poco más refinada: las "cuevas", que desde la antigüedad se creía que adornaban el interior de la tierra y que corrían paralelamente a montañas y ríos de la superficie, servirían, a su entender, de arterias por donde vientos y otros fuegos internos se mueven a gusto. Por eso, Kant aconsejaba a cuanto arquitecto que pasase por Königsberg nunca construir casas y calles en forma paralela a montañas y ríos; si no, que aprendan de lo que pasó en Lisboa sólo por haber sido edificada al lado del río Tejo.

Más allá de todos sus gruesos errores en lo que tenía que ver con las ciencias de la tierra, el espíritu kantiano no fue manchado. Después de todo, el impacto del pensamiento de Kant posterior hizo estragos en la filosofía y la ciencia entera. Y algún que otro bache bien se le puede perdonar.

De todas maneras, lo que un objeto es no depende para nada del sujeto; Kant no va tan lejos. Es sólo su estructura objetiva, aquello que hace de eso justamente un objeto de conocimiento, la que viene "prefabricada" y tiene el sello del sujeto desde el comienzo. Este es el gran cambio en la concepción de la estructura de la experiencia, al que Kant llamó "giro copernicano". Hay conocimiento de objetos, porque es el sujeto el que pone las condiciones de posibilidad de la objetividad.

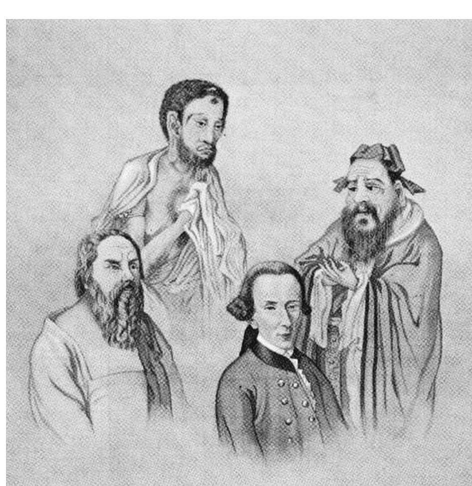
Por otro lado, como todo lo conocido es en última instancia producto de una síntesis entre lo que entrega la sensibilidad y aquello que pone el sujeto, lo que está más allá de esa síntesis queda fuera del alcance del conocimiento. Hay conocimiento seguro, dice Kant, sí; pero el precio es que no puede haber conocimiento científico de *las cosas como son en sí*, porque lo único que podemos conocer son *las cosas como son para nosotros*. Es decir, los fenómenos. Con esto se termina la pretensión de una metafísica científica ocupada justamente de conocer teóricamente las "realidades en sí", que están más allá de toda experiencia. Kant señala así, por medio de la imposibilidad, del límite, una región infinita que queda totalmente clausurada para el conocimiento teórico. Hay conocimiento, pero el precio es alto: aceptar la finitud del hombre.

EL CIELO ESTRELLADO Y LA LEY MORAL

Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, siempre nuevos y crecientes, cuanto con más frecuencia y aplicación se ocupa de ellas la reflexión: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral en mí. Ambas cosas no he de buscarlas y conjeturarlas, cual si estuvieran envueltas en oscuridades, en lo trascendente fuera de mi horizonte; ante mí las veo y las enlazo inmediatamente con la conciencia de mi existencia. La primera empieza en el lugar que yo ocupo en el mundo exterior sensible y ensancha la conexión en que me encuentro, incalculable de mundos sobre mundos y sistemas de sistemas, en los ilimitados tiempos de su periódico movimiento, de su comienzo y de su duración. La segunda empieza en mi invisible yo, en mi personalidad, y me expone en un mundo que tiene verdadera infinitud, pero sólo penetrable por el entendimiento y con el cual me reconozco (y por ende también con todos aquellos mundos visibles) en una conexión universal y necesaria, no sólo contingente como en aquel otro. El primer espectáculo de una innumerable multitud de mundos aniquila, por decirlo así, mi importancia como *criatura animal* que tiene que devolver al planeta (un mero punto en el universo) la materia de la que fue hecho después de haber sido provisto (no se sabe cómo) por un corto tiempo, de fuerza vital. El segundo, en cambio, eleva mi valor como inteligencia infinitamente por medio de mi personalidad, en la cual la ley moral me descubre una vida independiente de la animalidad y aun de todo el mundo sensible, al menos en cuanto se puede inferir de la determinación conforme a un fin que recibe de mi existencia por esa ley que no está limitada a condiciones y límites de esta vida sino que va a lo infinito.

Fragmento tomado de Crítica de la razón práctica*, trad. de E. Miña y Villagrasa y Manuel García Morente, Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1951, pág. 150.*





KANT JUNTO A SOCRATES, CONFUCIO Y BUDA.
ARRIBA: LA PEQUEÑA CIUDAD DE KONIGSBERG.

EL HOMBRE COMO UN FIN EN SI MISMO

Pero que la metafísica sea imposible como conocimiento científico no quiere decir que sea imposible en absoluto. El hombre mismo es mucho más que la conciencia cognoscente, hay en él también una conciencia moral relacionada con sus acciones, que está allí tan patente como la física de Newton con relación al movimiento de las estrellas y los planetas. Cómo es posible que haya moral y cuáles son las condiciones de posibilidad de la conciencia moral, son las preguntas que propone la segunda crítica que escribe Kant: la *Crítica de la razón práctica*, publicada en 1788.

El hecho de que haya conciencia moral, dice Kant, presupone la posibilidad de la libertad, porque no tendría sentido hablar de moral sin libertad, no tendría sentido hacer un juicio moral sobre una acción que no es el producto de una voluntad libre sino mecánica, como la que rige a los objetos naturales. No tiene sentido hacer un juicio moral sobre la caída de una piedra o el movimiento de los planetas. En la naturaleza hay mecanismo, necesidad, determinismo puro. Entonces, ¿adónde acudir para encontrar la libertad que debe ser lo opuesto a la naturaleza? A la Razón; ¿a qué otro lado podría acudir el hombre si lo que quiere es "salirse" de la naturaleza? La razón es lo único que puede determinar la voluntad y oponerse a la determinación mecánica, necesaria, que rige en la naturaleza. Y eso, por medio de la ley, una ley que no puede venir de la naturaleza, porque requiere que haya libertad y en la naturaleza todo se mueve en forma necesaria. La razón, que antes legislaba teóricamente sobre los objetos, es decir, daba las condiciones de posibilidad del conocimiento, va a legislar también prácticamente sobre la voluntad, produciendo las condiciones de posibilidad de una voluntad independiente, autónoma, *libre*.

La razón legisla sobre la voluntad, y lo hace por medio de "imperativos categóricos", mandatos que no dependen de nada empírico y que determinan la voluntad sin atender a ningún fin particular sino sólo al deber incondicional, categórico. La primera fórmula del imperativo categórico, bastante conocida, dice: *"Obra de manera tal que puedas querer que el motivo que te ha llevado a obrar sea una ley universal"*.

Así, determinado por la Razón, el hombre sale del curso natural que gobierna a las cosas, la necesidad, y se vuelve hacia lo que le es propio, la libertad. La libertad, para Kant, es lo más propio del hombre, porque justamente el hombre no es una cosa sino una persona, que no sólo obra libremente sino que, por medio de la razón, se transforma en autolegislador de la libertad. Por otro lado, como la ley es válida universalmente, es válida para el que legisla y para todos los hombres, para toda la humanidad. Y en eso consiste para Kant la dignidad del hombre que resiste por medio de la ley de la razón el imperio de la necesidad y del sometimiento, tanto del poder de la naturaleza, como de los otros hombres: en el hecho de ser capaz de darse la ley y incluir en esa ley a toda la humanidad. En eso consiste la dignidad de la persona, que no debe ser jamás tratada como una cosa, como un medio, sino como un fin en sí mismo. Por eso el hombre es en realidad el único fin posible al cual se puede atender en una acción para que sea moral; porque el hombre, dice Kant, es un fin en sí mismo, el precepto último de la voluntad. Una última formulación del imperativo categórico, menos conocida, pero tan importante como la anterior, manda que se debe obrar *"de tal modo que uses a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin y nunca como un medio"*.

Al salirse de la ley que gobierna a los fenómenos y llevar consigo al hombre, la Razón práctica puede lograr, a su modo, lo que la razón teórica no; trata, prácticamente, sin que haya conocimiento de por medio, con aquello que es en sí. Por eso es que la razón teórica debe estar al servicio de la razón práctica y que todo el conocimiento, si ha de servir para algo, debe estar al servicio de la libertad del hombre, el único fin en sí mismo.

LA ESPERANZA EN EL PROGRESO

El hombre tiene dentro de sí aquello que lo libera, y que libera a toda la humanidad junto con él. Pero, ¿qué es lo que se puede saber sobre la realización de la libertad en la naturaleza, en el mundo en el cual está inmerso el hombre? Lo que no es fenómeno no se puede conocer, y sólo puede ser postulado por la razón como un *ideal* al cual se aspira y se tiende progresiva e infinitamente. Entre la libertad y la naturaleza, entre lo que es fenómeno y susceptible de conocimiento y lo que es en sí y sólo es posible prácticamente, o entre lo finito y lo infinito, hay un abismo insalvable puesto por el propio sujeto, aquel que separa los fenómenos de las realidades en *sí*. Lo único que se puede hacer, con relación a la pregunta de si habrá o no conciliación entre un ámbito y otro, ya que no es posible tener certezas, es esperar, tener esperanza.

En la última de sus críticas, la *Crítica del Juicio*, de 1790, Kant señala a la belleza como uno de esos signos que permiten dar sustento a esa esperanza porque, en la belleza, la naturaleza deja de mostrarse como el puro mecanismo ciego que es, y parece, en cambio, dirigirse al hombre con un obsequio, un favor que está allí sólo para él. La belleza, que revela una naturaleza que depone por un momento la necesidad para dirigirse al hombre, permite sustentar la espera de un entendimiento entre la necesidad y la libertad. La belleza es la promesa de un acuerdo, es esperanza, ¿o acaso no lo es?

Finalmente, la filosofía de Kant, o como dirá Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), "la filosofía", que comienza por la revolución copernicana de los cielos, concluye con la esperanza en la revolución de los hombres. Kant fue contemporáneo de la Revolución Francesa y se preocupó mucho por llevar la filosofía al plano de la reflexión histórica. Ante los hechos revolucionarios, la pregunta que se hace es sí, después de todo, el hombre progresa o no, si hay algún tipo de progreso y de qué tipo de progreso podría tratarse. Pero esa pregunta sólo tiene sentido con relación a la libertad: que el hombre progrese quiere decir que progresa como hombre, en aquello que le es propio, y lo que le es propio es la posibilidad de ser libre. El único progreso del que tiene sentido hablar, aquello en lo cual el hombre progresa como hombre, es en el camino hacia la libertad. A pesar del Terror y la masacre que involucra a los actores de la Revolución, el entusiasmo de los espectadores por los hechos desencadenados a partir de 1789, que es el entusiasmo por la libertad, por el derecho y por la igualdad de las personas, funciona como otro de los signos que permiten dar sustento a la esperanza en el progreso de la libertad, en el progreso del hombre.

En esas cosas pensaba Immanuel Kant, que, como escribe Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) en sus *Lecciones sobre historia de la filosofía*, "nunca llegó a salir de su ciudad natal". Sobre su tumba están escritas las palabras con las que concluye la *Crítica de la razón práctica*: "Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, siempre nuevos y crecientes, cuanto con más frecuencia y aplicación se ocupa de ellas la reflexión: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral que hay en mí".

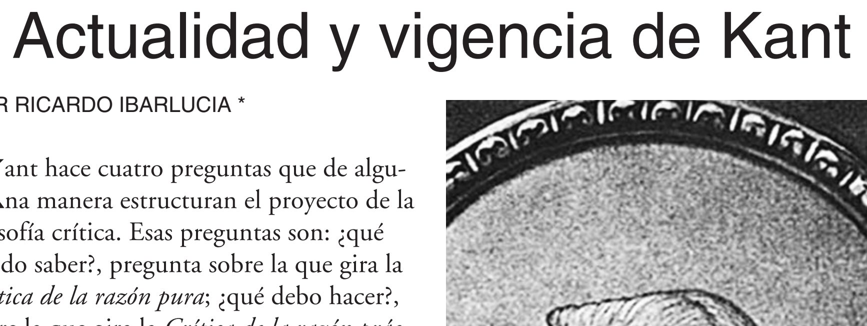
LA HUMILDAD DE LA GRANDEZA

Aunque su primer intento por conseguir un diploma habilitante en la Universidad de Königsberg fue rechazado, con el correr de los años, Kant ganó muchísimo respeto y admiración, mucho más allá de las callecitas de la ciudad por donde paseaba siempre a la misma hora. Pero es muy probable que todo eso le haya importado bien poco. El barón Von Zedlitz, por ejemplo, le ofreció a Kant una vez una cátedra en Halle, donde el salario triplicaba el que finalmente había conseguido en Königsberg y la concurrencia de alumnos era también muchas veces mayor. Kant no aceptó, ni siquiera cuando, a su oferta, el barón Von Zedlitz sumó la posibilidad de un segundo cargo.

El escritor inglés Thomas De Quincey cuenta que Kant trabajaba sobre una mesa, frente a una ventana que daba a la torre de Löbenicht. La visión de la torre le daba una inmensa satisfacción en las horas de la tarde, cuando el sol se ponía en Königsberg. Pero, durante un tiempo, unos álamos que crecían en un jardín vecino le impidieron verla. Kant llegó a intranquilizarse tanto que tuvo que suspender temporalmente sus reflexiones del atardecer. Pero bastó que el propietario del jardín se enterara de todo esto para que inmediatamente mandara retirar los álamos que le impedían al filósofo pensar junto la ventana. Y Kant pudo volver al trabajo.

Pero además de ser reconocido como el filósofo más importante de su época, Kant, además de humilde, era muy querido por sus amigos y los estudiantes de la universidad. En algún momento había dado algunas indicaciones sobre su funeral, quería algo simple e íntimo, durante las primeras horas de la mañana. Cuando los que compartieron sus últimos días encontraron todo aquello escrito en un memorándum, le explicaron a Kant que las cosas probablemente serían diferentes. Kant lo aceptó, y así fue. El día de su funeral no había nadie que no quisiera acercarse a rendirle homenaje y cariño. Se cuenta incluso que nunca hubo en Königsberg un funeral tan solemne y concurrido como el de Kant. Una procesión de dignatarios de la Iglesia y del Estado venidos de las regiones más remotas de Prusia, a los que se sumó todo el cuerpo de la Universidad de Königsberg y varios oficiales militares de rango, acudieron a la casa de Kant para buscar su cuerpo, que fue cargado, rodeado de velas y antorchas y llevado hasta la catedral, seguido por una enorme cantidad de gente que acompañó al filósofo en su último paseo por las calles de la ciudad que tanto quiso.

ENTRE LA ILUSTRACION Y EL ROMANTICISMO



Actualidad y vigencia de Kant

POR RICARDO IBARLUCIA *



Kant hace cuatro preguntas de alguna manera estructuran el proyecto de la filosofía crítica. Esas preguntas son: ¿qué puedo saber?, pregunta sobre la que gira la *Crítica de la razón pura*; ¿qué debo hacer?, sobre la que gira la *Crítica de la razón práctica*; ¿qué puedo esperar?, alrededor de la cual orbitan una serie de trabajos que van desde la última de las críticas que escribe, la *Crítica del Juicio*, a una serie de cuestiones relativas a la filosofía de la historia y la religión, y ¿qué es el hombre?, sobre la cual giran sus reflexiones en el campo de la antropología. Pero hay una quinta pregunta que Kant también se ocupó de responder: ¿qué es la ilustración?

Kant contestó a la pregunta ¿qué es la ilustración? propuesta por una revista alemana, con un pequeño artículo que se llamó, justamente, *Una respuesta a la pregunta ¿qué es la ilustración?*, publicado en 1784. Michel Foucault ha observado que la respuesta de Kant es una flecha dirigida al corazón del presente. Cuando Kant se pregunta por la ilustración, está preguntándose por el presente, dice Foucault, porque con Kant la filosofía reflexiona por primera vez sobre su propio hacer filosófico, sobre sus propias posibilidades y limitaciones. Con Kant la razón toma conciencia de su actualidad discursiva en el mismo momento en que pregunta por sí misma y se autoexamina.

Pero curiosamente esta quinta pregunta, la pregunta por la ilustración, la pregunta por el presente, como muchas veces sucede con Kant, es la que lleva las cosas mucho más allá del ámbito de la propia ilustración. El propio pensamiento de Kant es, de hecho, una bisagra entre la ilustración que lo precede y el idealismo y el romanticismo que lo suceden inmediatamente. Este es el desplazamiento que comienza a cristalizar alrededor de la *Crítica del Juicio*. La última crítica que escribe Kant tiene un enorme impacto entre contemporáneos suyos como Goethe, Schiller y Herder y produce finalmente una revolución filosófica en el terreno de la literatura y del arte en general. Una revolución de tal magnitud que luego se vuelve imposible escribir una historia del romanticismo alemán sin comenzar con una introducción o un prólogo que diga algo sobre Kant. Así, Kant se inscribe por un lado en el ámbito de la ilustración, pero al mismo tiempo, la excede. Hegel mismo, a la hora de ubicar a Kant en la historia de la filosofía no lo hace en el marco de la ilustración sino en el comienzo mismo de lo que denomina "la nueva filosofía alemana". No es casual que todo esto arranque con las reflexiones sobe la estética de Kant, porque justamente con él terminan en forma definitiva las estéticas ilustradas.

Kant desplaza el problema estético central de la ilustración, la pregunta por los efectos, una pregunta que se dirimía en el ámbito del psicologismo, y pone en su lugar la pregunta, tan kantiana, por las condiciones de posibilidad de los juicios estéticos. Así como antes se había preguntado por las condiciones de posibilidad de que haya conocimiento y de que haya conciencia moral, la pregunta ahora es por las condiciones de posibilidad de que haya juicios estéticos. La cuestión del gusto, por ejemplo, que era central hasta entonces, se transforma en las manos de Kant en la pregunta por el juicio de gusto y por sus condiciones de posibilidad. Y de hecho, Kant concibió en algún momento a su *Crítica del Juicio* simplemente como una *Crítica del gusto*. Lo cierto es que a partir de Kant la estética se convierte en una esfera autónoma de la reflexión filosófica y las puertas quedan abiertas desde ese momento para la lectura romántica e idealista. Los sucesores de Kant, superado el subjetivismo psicologista del efecto característico de la ilustración, van a dirigir la reflexión filosófica a la realidad concreta, objetiva, de la obra de arte y de su producción.

Pero Kant, después de todo, cuando contesta la quinta pregunta, qué es la ilustración, *sí* da una respuesta concreta y positiva: ilustración, dice en la revista, es la emancipación del hombre de su autoculpable minoría de edad. Para ello se trata de que el hombre se atreva a pensar por sí mismo, a valerse de su razón, para dejar de concebirse como menor de edad, como alguien que está bajo tutela; en otras palabras: como un súbdito. Y así como Foucault señala que cuando Kant pregunta por la ilustración dirige una flecha al corazón del presente, porque toda su filosofía, al hacer visible el preguntar, hace visible al mismo tiempo el momento del preguntar, la respuesta que da Kant a la pregunta qué es la ilustración es en *sí* misma de una tremenda actualidad. Se trata de una respuesta dirigida justamente al presente, a las aspiraciones infinitas que inscriben al presente del hombre en su pasado y su futuro, en la trama misma de la historia. Porque si el hombre declina su posibilidad de pensar, su posibilidad de ser libre, se condena a la esclavitud y al vasallaje. La apuesta de Kant consiste entonces en salvar al hombre a partir de la dignidad de su libertad, de la independencia de toda tutela y de la emancipación que se logra por medio de su propio actuar. A todo eso convoca Kant cuando declara la necesidad de atreverse a pensar (*sapere aude*): atreverse a ser libres.

El presente de Kant, sostenido en nuestro país por una gran cantidad de excelentes profesionales dedicados al estudio de su filosofía, consiste justamente en la actualidad práctica de su pensamiento: la libertad es indeclinable y la esperanza en su realización histórica es innegociable. Quitarle la esperanza al hombre es lo más vil que se pueda concebir, porque implica acabar con el hombre mismo; la aspiración infinita a la igualdad y a la justicia, son en definitiva las formas bajo las cuales Kant recupera en términos seculares el problema de la redención. En eso consiste hoy su ineludible vigencia.

* *Profesor Adjunto de la cátedra de Estética de la carrera de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.*

¿Qué es la ilustración?

POR IMMANUEL KANT *

La ilustración es la salida del hombre de su minoría de edad. El mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro. *Sapere aude!* ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la ilustración.

La mayoría de los hombres, a pesar de que la naturaleza los ha librado desde tiempo atrás de conducción ajena (*naturaliter maiorennes*), permanecen con gusto bajo ella a lo largo de la vida, debido a la pereza y la cobardía. Por eso les es muy fácil a los otros erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo ser menor de edad! Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza mi conciencia moral, un médico que juzga acerca de mi dieta, y así sucesivamente, no necesitaré del propio esfuerzo. Con sólo poder pagar, no tengo necesidad de pensar: otro tomará mi puesto en tan fastidiosa tarea. Como la mayoría de los hombres (y entre ellos la totalidad del bello sexo) tienen por muy peligroso el paso a la mayoría de edad, fuera de ser penoso, aquellos tutores ya se han cuidado muy amablemente de tomar sobre sí semejante superintendencia. Después de haber atontado sus reses domesticadas, de modo que estas pacíficas criaturas no osan dar un solo paso fuera de las andaderas en que están metidas, les mostraron el riesgo que las amenaza si intentan marchar solas. Lo cierto es que ese riesgo no es tan grande, pues después de algunas caídas habrían aprendido a caminar; pero los ejemplos de esos accidentes por lo común producen timidez y espanto, y alejan todo ulterior intento de rehacer semejante experiencia.

(...)

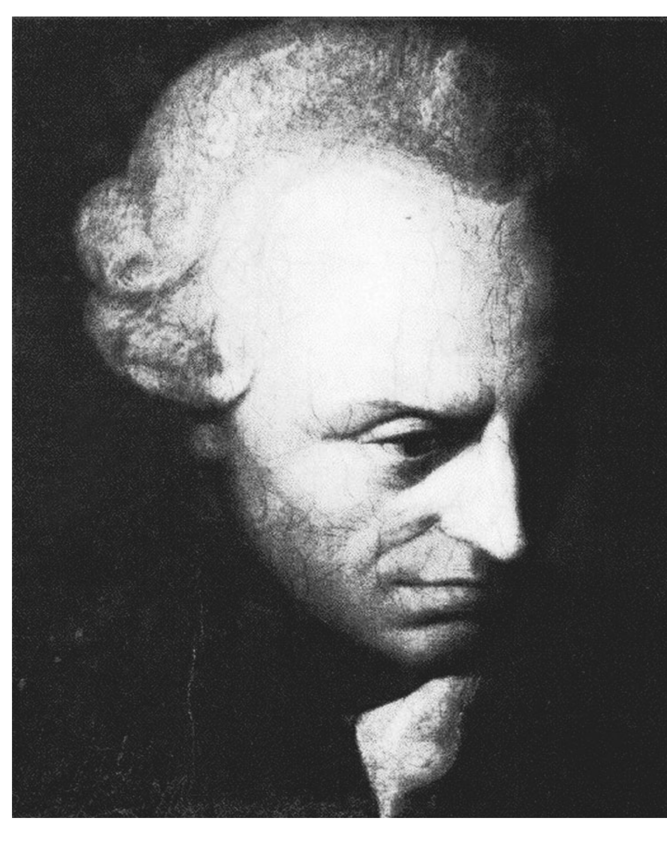
Pero, en cambio, es posible que el público se ilustre a sí mismo, siempre que se le deje en libertad; incluso, casi es inevitable. En efecto, siempre se encontrarán algunos hombres que piensen por sí mismos, hasta entre los tutores instituidos por la confusa masa. Ellos, después de haber rechazado el yugo de la minoría de edad, ensancharán el espíritu de una estimación racional del propio valor y de la vocación que todo hombre tiene: la de pensar por sí mismo. Notemos en particular que con anterioridad los tutores habían puesto al público bajo ese yugo, estando después obligados a someterse al mismo. Tal cosa ocurre cuando algunos, por sí mismos incapaces de toda ilustración, los incitan a la sublevación: tan dañoso es inculcar prejuicios, ya que ellos terminan por vengarse de los que han sido sus autores o propagadores. Luego, el público puede alcanzar ilustración sólo lentamente. Quizá por una revolución sea posible producir la caída del despotismo personal o de alguna opresión interesada y ambiciosa; pero jamás se logrará por este camino la verdadera reforma del modo de pensar, sino que surgirán nuevos prejuicios que, como los antiguos, servirán de andaderas para la mayor parte de la masa, privada de pensamiento.

Sin embargo, para esa ilustración sólo se exige libertad y, por cierto, la más inofensiva de todas las que llevan tal nombre, a saber, la libertad de hacer un uso público de la propia razón, en cualquier dominio. Pero oigo exclamar por doquier: ¡no razones! El oficial dice: ¡no razones, adiéstrate! El financista: ¡no razones y paga! El pastor: ¡no razones, ten fe! (Un único señor dice en el mundo: ¡razonad todo lo que queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced!) Por todos lados, pues, encontramos limitaciones de la libertad. Pero ¿cuál de ellas impide la ilustración y cuáles, por el contrario, la fomentan? He aquí mi respuesta: el uso público de la razón siempre debe ser libre, y es el único que puede producir la ilustración de los hombres. El uso privado, en cambio, ha de ser con frecuencia severamente limitado, sin que se obstaculice de un modo particular el progreso de la ilustración. Entiendo por uso público de la propia razón el que alguien hace de ella, en cuanto docto, y ante la totalidad del público del mundo de lectores. Llamo uso privado al empleo de la razón que se le permite al hombre dentro de un puesto civil o de una función que se le confía.

Ahora bien, en muchas ocupaciones concernientes al interés de la comunidad son necesarios ciertos mecanismos, por medio de los cuales algunos de sus miembros se tienen que comportar de modo meramente pasivo, para que, mediante cierta unanimidad artificial, el gobierno los dirija hacia fines públicos, o al menos, para que se limite la destrucción de los mismos. Como es natural, en este caso no es permitido razonar, sino que se necesita obedecer. Pero en cuanto a esta parte de la máquina, se la considera miembro de una comunidad íntegra o, incluso, de la sociedad cosmopolita; en cuanto se la estima en su calidad de docto que, mediante escritos, se dirige a un público en sentido propio, puede razonar sobre todo, sin que por ello padezcan las ocupaciones que en parte le son asignadas en cuanto miembro pasivo.

(...)

Pero lo que un pueblo no puede decidir por sí mismo, menos lo podrá hacer un monarca en nombre del mismo. En efecto, su autoridad legisladora se debe a que reúne en la suya la voluntad de todo el pueblo. Si el monarca se inquieta para que cualquier verdadero o presunto perfeccionamiento se concilie con el orden civil, podrá permitir que los súbditos hagan por sí mismos lo que consideran necesario para la salvación de sus almas. Se trata de algo que no le concierne; en cambio, le importará mucho evitar que unos a los otros se impidan con violencia trabajar, con toda la capacidad de que son capaces, por la determinación y fomento de dicha salvación. Inclusive se agravaría su majestad si se mezclase en estas cosas, sometiendo a inspección gubernamental los escritos con que los súbditos tratan de exponer sus pensamientos con pureza, salvo que lo hiciera convencido del propio y supremo dictamen intelectual –con lo cual se prestaría al reproche *Caesar non est supra grammaticos*– o que rebajara su poder supremo lo suficiente como para amparar dentro del Estado el despotismo clerical de algunos tiranos, ejercido sobre los restantes súbditos.



Luego, si se nos preguntara ¿vivimos ahora en una época ilustrada? responderíamos que no, pero sí en una época de ilustración. Todavía falta mucho para que la totalidad de los hombres, en su actual condición, sean capaces o estén en posición de servirse bien y con seguridad del propio entendimiento, sin acudir a extraña conducción.

(...)

He puesto el punto principal de la ilustración –es decir, del hecho por el cual el hombre sale de una minoría de edad de la que es culpable– en la cuestión religiosa, porque para las artes y las ciencias los que dominan no tienen ningún interés en representar el papel de tutores de sus súbditos. Además, la minoría de edad en cuestiones religiosas es la que ofrece mayor peligro: también es la más deshonrosa. Pero el modo de pensar de un jefe de Estado que favorece esa libertad llega todavía más lejos y comprende que, en lo referente a la legislación, no es peligroso permitir que los súbditos hagan un uso público de la propia razón y expongan públicamente al mundo los pensamientos relativos a una concepción más perfecta de esa legislación, la que puede incluir una franca crítica a la existente. También en esto damos un brillante ejemplo, pues ningún monarca se anticipó al que nosotros honramos.

Pero sólo alguien que por estar ilustrado no teme las sombras y, al mismo tiempo, dispone de un ejército numeroso y disciplinado, que les garantiza a los ciudadanos una paz interior, sólo él podrá decir algo que no es lícito en un Estado libre: ¡razonad tanto como queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced! Se muestra aquí una extraña y no esperada marcha de las cosas humanas; pero si la contemplamos en la amplitud de su trayectoria, todo es en ella paradójico. Un mayor grado de libertad civil parecería ventajoso para la libertad del espíritu del pueblo y, sin embargo, le fija límites infranqueables. Un grado menor, en cambio, le procura espacio para la extensión de todos sus poderes. Una vez que la Naturaleza, bajo esta dura cáscara, ha desarrollado de la semilla que cuida con extrema ternura, es decir, la inclinación y disposición al libre pensamiento, ese hecho repercute gradualmente sobre el modo de sentir del pueblo (con lo cual éste va siendo poco a poco más capaz de una libertad de obrar) y hasta en los principios de gobierno, que encuentra como provechoso tratar al hombre conforme a su dignidad, puesto que es algo más que una máquina.

** Profesor de filosofía, Universidad de Königsberg, Prusia Oriental.*

AGENDA CIENTIFICA

KANT COLLOQUIUM

Organizadas por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral (Santa Fe), el 11 y 12 de junio se desarrollarán las 1as. Jornadas de Filosofía Alemana cuyo tema es "Experiencia y Límite". En el panel de apertura hablarán M. Caimi, R. Ibarlucía y A. Rosler sobre "Kant: el tiempo de la crítica". Facultad de Humanidades y Ciencias, Ciudad Universitaria, Pje. El Pozo, Santa Fe. Informes: areaoperativa@fhuc.unl.edu.ar, lopezd@ciudad.com.ar.

MENSAJES A FUTURO
futuro@pagina12.com.ar

FINAL DE JUEGO (POSTAL)

Donde se habla de la visita de un comisario a la ciudad de un filósofo y se plantea un enigma sobre puentes kantianos

POR LEONARDO MOLEDO

Königsberg, 7 de febrero de 2004

Dado que se cumplen dos siglos de la muerte de Immanuel Kant, me pareció razonable viajar de Tafí del Valle a Königsberg, para rendirle un pequeño homenaje, en esta bella ciudad, partida por el río Pregel (en ruso, Pregola), que ahora pertenece a Rusia y que en los tiempos del gran filósofo estaba ubicada en la Prusia Oriental. Recorrí el paseo del filósofo, y como preveía la necesidad de plantear un enigma, o algo que se le pareciera, fui a visitar los famosos siete puentes que unen la ciudad con las dos islas que el Pregel forma en su discurrir hacia el Mar del Norte, y que se transformaron en un enigma clásico de las matemáticas.

El problema que se planteaba en el siglo XVIII era la posibilidad de hacer un recorrido que pasara por los siete puentes, pero sólo una vez por cada puente, y que parecía no tener solución (ver el esquema en la página central). El problema parecía no tener solución, pero el matemático Leonhard Euler (1707-1783) demostró que no era posible ese paseo, y de paso, desarrolló una teoría matemática capaz de tratar estos problemas, que derivaría en lo que hoy se conoce como la teoría de grafos.

Lo interesante del enigma de Königsberg es que no tienen la menor importancia ni el tamaño de los puentes ni las dimensiones y formas de las islas. Se podría reducir cada trozo de tierra firme a un punto y cada puente a un hilo de kilómetros de longitud, y las dificultades y la imposibilidad de solución serían idénticas. Este es el tipo de situaciones que aborda la topología.

¿Es posible que Kant haya recorrido estos puentes? Seguramente, a pesar de las leyendas sobre su obsesión metódica. ¿Los recorría para ir a dar sus clases en la universidad? He preguntado a los transeúntes, pero ninguno ha sabido darme una respuesta, en especial porque yo no hablo ruso.

Comisario Inspector Díaz Cornejo